

ALAN MOORE

JERUSALÉN

LIBRO UNO
LOS BOROUGHS

minotauro

ALAN MOORE
JERUSALÉN
Una novela

minotauro

Basada en una historia real

JERUSALÉN. Libro 1

JERUSALEM copyright © Alan Moore, 2015
Published by permission from Knockabout, London, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © José Torralba

ISBN: 978-84-450-1391-5. Depósito legal: B. 9.989-2022 (10302598).
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en:
www.edicionesminotauro.com

FACEBOOK / INSTAGRAM: @EdicionesMinotauro

TWITTER: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

PRELUDIO	
Obra en marcha	13
LIBRO UNO: LOS BOROUGHS	
Una hueste angular	71
Orden de restricción contra el deseo	105
Errantes	137
La X marca el lugar	181
Tiempos modernos	217
Ciego, pero ahora veo	251
Atlántida	293
Hazlo como te salga de las narices	351
La brisa que agita el delantal	381
¡Oíd el alegre son!	429
Atragantado con un caramelo	473

OBRA EN MARCHA

Alma Warren, de cinco años, pensó que tal vez habían ido de compras; ella, su hermano Michael en el carrito, y su mamá, Doreen. Quizás habían ido a Woolworth's. No el que está en Gold Street, que es el de abajo, sino el Woolworth's que está arriba, en mitad de la cuesta de Abington Street que tanto iluminan las tiendas, el que alberga una lechería con baldosas de color verde menta, el mismo que tiene un peso con una aguja enorme de un reafirmante rojo vivo junto a la escalera trasera de madera.

La cría, rechoncha y tan fornida que casi parecía de hierro forjado, no recordaba sostener las engrasadas puertas batientes de bronce y cristal de la tienda para que así Doreen pudiera enfilear el cochecito hacia el melodioso bullicio que predominaba fuera, en la calle principal. Se devanó los sesos intentando evocar algún punto conocido de tan trillada ruta, como tal vez el rótulo luminoso que sobresalía en Kendall's, la tienda de artículos para lluvia en la esquina de Fish Street, con la inexorable **K** cerniéndose aguerrida hacia delante contra el viento y sosteniendo de algún modo, en la manquedad de su extendido brazo tipográfico, un icónico paraguas abierto, pero no le sonaba haber pasado por allí. De hecho, pensándolo bien, Alma se reconoció incapaz de recordar ni el más mínimo detalle de aquella expedición. Todo lo que precedía al tramo iluminado de pavimento que ahora se percataba de estar recorriendo, al compás del chirrido del carrito de Michael y del rítmico taconeo de su madre, todo lo anterior a eso, se hallaba envuelto en una misteriosa nebulosa.

Con la barbilla embozada en el cuello abotonado de su impermeable para así evitar el penetrante frío del atardecer, Alma contempló la centelleante sucesión de baldosas que se desplegaba bajo el vaivén hipnótico de sus robustos zapatos de hebilla. Le pareció que la explicación más probable para aquel período en blanco era el simple y llano ensimismamiento. Lo más seguro es que tan aburrido paseo la hubiera dejado embobada, y que hubiera visto las mismas cosas de siempre sin prestar atención por hallarse absorta en el perezoso discurrir de sus propios pensamientos; en una deriva íntima de fantasía y confusión que había tenido lugar entre sus bamboleantes trenzas, bajo sus pasadores de mariposa, tan frágil y de color de rosa como el jabón carbólico. Prácticamente, todos los días despertaba de un trance similar, emergiendo de su cascarón de planes y recuerdos para encontrarse una o dos hileras de casas más allá del último lugar en el que había reparado. Así pues, la falta de detalles memorables durante estas compras no representaba, en absoluto, motivo alguno de preocupación.

Abington Street, pensó, era la zona por la que a buen seguro había estado, y explicaría por qué ahora avanzaban por el lado inferior de la desierta plaza del Mercado hacia la calleja anexa a Osborn's: para sudar tinta subiendo por Drapery, empujar a Michael a través de las losas de ladrillo con olor a playa del Mercado de Pescado, con sus altas ventanas veladas por el polvo, bajar luego por Silver Street, cruzar el Mayorhold y, ya en los Boroughs, llegar a casa por los dédalos y cuevas de sus pasajes angostos.

Por reconfortante que esta idea pudiera resultarle a Alma, aún tenía la molesta sensación de que algo fallaba en su explicación. Si acababan de dejar Woolworth's, entonces no podían ser mucho más de las cinco de la tarde, y las tiendas del centro deberían seguir abiertas, así que ¿por qué no había luces en el mercado? No veía el pálido fulgor verdoso procedente de la entrada con forma de boca de las galerías Emporium Arcade filtrándose hacia el extremo superior de la plaza, y además, en el lado oeste, el escaparate de Lipton's estaba apagado, sin su habitual calidez de color corteza de queso. Ya puestos, ¿los tenderos no tendrían que estar aún embalando sus mercancías, cerrando sus puestos, inter-

cambiando alegres gritos mientras pateaban la fruta pasada y sus envoltorios de papel, o plegando los mostradores para cargarlos, entre estrepitosos ruidos sordos, dentro de voluminosas y renqueantes furgonetas con forma de ambulancia, con los marcos de hojalata sonando cual gongs al apilar cada nuevo montón?

Pues no. La vasta extensión estaba despejada, y sus corrientes de aire soplaban cuesta arriba hacia la oscuridad vacía. Alzándose entre la frialdad de los húmedos adoquines solo había postes que delimitaban los puestos vacíos: maderos empapados, gastados en un extremo cual lápices mordisqueados, sobresaliendo desde hendiduras cuadradas y oxidadas, excavadas entre aquellas piedras jorobadas. Un toldo hecho jirones había quedado atrás, demasiado ajado para que nadie lo robara, con la faldilla chorreante de su única lona restallando a intervalos sobre el lento y apagado murmullo del viento en un sonido amplificado por la altura de los edificios que cercaban el recinto. Cernido en su centro, negro sobre el gris hollín, el monumento de hierro del mercado destacaba en el sucio aguacero nocturno con su intrincado tallado victoriano elevándose hasta florecer en un capitel festoneado, coronado por una esfera de cobre como una flor prehistórica, monstruosa, solitaria y petrificada. Alrededor de su plinto escalonado, Alma sabía que había pequeños e inadvertidos brotes de hierba esmeralda despuntando obstinadamente de entre las grietas y los recovecos, y que tal vez esas fueran las únicas otras cosas vivientes, además de su madre, su hermano y ella misma, que rondaban la plaza aquella tarde, aunque no pudiera verlas.

¿Dónde estaban las madres que deberían estar arrastrando a sus hijos a casa, para tomar el té, a través de los brillantes e incitantes charcos que había más allá de los escaparates? ¿Dónde estaban los hombres agotados y de rostro infeliz que deberían estar arrastrándose solitaria y parsimoniosamente en su regreso desde las fábricas, con una mano en el raído bolsillo de sus pantalones azul marino y la otra en la desgastada correa de una bandolera? Sobre los tejados de pizarra que bordeaban la plaza no había ningún aura nacarada desvaneciéndose en la negritud del cielo, y el estilizado letrero del cine Gaumont no despedía sus blancos rayos eléctricos. Era como si Northampton se hubiera apagado de

repente; como si estuviera en mitad de la noche. Pero, entonces, ¿qué hacían tan tarde en el centro, con todas las tiendas cerradas, y con los oblongos ojos de buey de las puertas encajadas escudriñándolos hostiles, distantes, fijos y perdidos, como si no los reconocieran, como si no los quisieran allí?

Trotando junto a su madre, con una mano cálida agarrada a la fría barra del manillar del cochecito, y arrastrando un poco los pies para que Doreen tuviera que remolcarla, empezó a preocuparse. Si las cosas ya no iban como debían ir, ¿no significaba eso que ahora podía pasar cualquier cosa? Al alzar la mirada hacia la silueta de su madre, que iba envuelta en una bufanda, Alma no halló asomo de preocupación ni en sus agudos y sensatos ojos azules, fijos en el pavimento ante ellos, ni en la línea tranquila que sellaba su pequeña boca rosada. Si existía alguna razón para asustarse, si de verdad corrían peligro, seguro que mamá lo sabría, ¿no? Pero ¿y si había algo horrible, como un fantasma, o un oso, o un asesino, y nadie se lo había dicho a su madre? ¿Y si los capturaba? Se mordió el labio inferior e hizo un nuevo esfuerzo por recordar dónde habían estado los tres antes de llegar a este adoquinado recinto embrujado.

Un poco más adelante, en las sombras congregadas hacia el extremo inferior del mercado, la corpulenta chiquilla observó con alivio que había, al menos, una luz que alumbraba aquella tiniebla aparentemente desierta: un rectángulo de brillo marfileño que caía desde la gran ventana frontal de la papelería de la esquina con Drum Lane y que incidía oblicuamente sobre las baldosas amarillas exteriores, desgastadas por las pisadas. Como si hubiera estado escuchando secretamente la creciente aprensión de su hija, la madre de Alma bajó la vista, la observó, sonrió y señaló con la cabeza el escaparate de la tienda, que ya estaba a poco más de unos tres carritos de distancia.

—Arfín. Un endito lugaque jigabierto, ¿eh?

Alma asintió, satisfecha y calmada, mientras Michael daba patadas contra el panel inferior de su crujiente sillita en señal de aprobación. Sus rizos dorados, semejantes a los del cuadro *Burbujas*, bamboleaban arriba y abajo. A medida que llegaron a la altura de la tienda, la pequeña curioseó, a través de los altos

y limpios cristales, el fulgor de su interior expedito, en donde parecía que había una obra en marcha; una renovación que los carpinteros ejecutaban en mitad de la noche, sin duda, para no interferir en los habituales horarios comerciales del establecimiento. Junto a las cabrillas, martilleando y lijando bajo una bombilla sin tulipa, cuatro o cinco hombres se afanaban sobre unos tablones bastos y con aspecto de nuevos, y percibió que andaban con los pies desnudos entre las virutas y el serrín, cuyos cúmulos semejaban lascas de mantequilla. ¿No se clavarían las astillas? Todos vestían unas túnicas blancas que les llegaban hasta los tobillos. Todos llevaban las uñas muy cortas, y tenían la piel lisa y radiante de quien acaba de bañarse a conciencia, con el talco de lavanda dibujando formas similares a continentes sobre los hombros aún húmedos. Todos parecían serios y fuertes, pero no adustos, y muchos llevaban sueltos los cabellos, sobre sus hábitos recién lavados, mientras sus cabezas se inclinaban sobre tan vigorosa y ardua tarea.

Uno de los hombres de la cuadrilla se apartó de sus cuatro colegas para observar cómo trabajaban. Alma supuso que sería el encargado. Observó que, a diferencia de los otros, su túnica terminaba en una capucha, de forma que su rostro quedaba oculto por encima de la nariz. El pelo no se le veía, pero, de algún modo, supo que era oscuro, y más corto que el de sus compañeros, y que su cuello luciría despejado bajo los pliegues de su capucha de color paloma. Iba bien afeitado, como el resto, y lo intuía virilmente atractivo, al menos a juzgar por los pocos rasgos que podía vislumbrar bajo la mancha sombreada que la capucha arrojaba, cual antifaz de ladrón que ocultara su mirada, sobre sus órbitas. Como si hubiera sentido el interés de la niña a través del cristal, el hombre en cuestión se volvió para dedicarle una sonrisa y levantar la mano en señal de saludo informal, y entonces, tras sentir en algún lugar de su interior una sacudida de incredulidad y asombro, Alma comprendió quién debía ser.

El leve chirrido del carrito y la ráfaga de pistola de feria que eran los tacones de su madre cesaron poco a poco cuando también Doreen se detuvo a mirar, a través de la ventana iluminada, a los operarios nocturnos y a su encapuchado capataz.

—Eno, pojavé qué je cueje. Mira, ejer Frit Burr con jujángulos.¹

Alma pensó que lo de «sus ángulos» sería, seguramente, una expresión propia de los Boroughs para referirse a los carpinteros y los ebanistas, pero el otro término le resultaba ajeno, así que miró a Doreen frunciendo el ceño inquisitivamente. Su madre, en respuesta, le dirigió una amable mirada burlona, como si pensara que Alma estaba un poco verde y que a aquellas alturas ya debía saber lo que era un «*Frit Burr*».

Doreen entonó una suave reprimenda.

—Jí querejimple, hija. Ejejer Frith Borh. Er Tercer Boro. Hablodé atoajoras, y onají me miraj coneja caradatontá.²

Alma había oído hablar del Tercer Borough, o al menos eso le parecía. Las palabras le resultaban punzantemente familiares, y sabía que constituían una manera de referirse a la persona que ella había comprendido que era el encapuchado en el momento en el que la había saludado; algo que la gente decía cuando deseaba evitar su otro nombre. «Tercer Borough», hasta donde sabía, significaba algo así como «casero» o «policía», solo que mucho más amable y respetado, más majestuoso que incluso el conde Spencer, alias el Rojo, a quien en cierta ocasión había visto ondear en el rótulo de un pub. Apartó la vista de su madre y volvió a centrarla en el retablo de aquella papelería parcialmente reconstruida, con las figuras en la plenitud de su quehacer y bañadas en tan intenso fulgor, y con aquel frente de cristal, que hacía que la tienda pareciera un tanque para peces en el que los hombres trabajaran bajo un agua cálida y luminosa. El encapuchado, el Tercer Borough, seguía sonriendo en dirección a Doreen y los niños, pero ahora no tanto en señal de saludo, sino como gesto para invitarlos a entrar.

Sobre el pavimento que bordeaba el silencioso y vacío mercado, la madre hizo girar el carrito de Michael un cuarto de circunferencia para enfilarlo hacia la entrada de la tienda, precedida de una

1. [Todas las notas son del traductor.] En inglés, las palabras «ángel» (*angel*) y «ángulo» (*angle*) se escriben de forma parecida. Esta paronimia, solo parcialmente reproducible en castellano, se repite en toda la obra. *Angle* también puede significar «ángulo» o «esquina».

2. En la Inglaterra medieval, el *Frith Borh*, o «garantía de paz», era un sistema de responsabilidad legal subsidiaria entre grupos de socios, familiares o vecinos, entre los cuales se elegía a uno como representante. En ocasiones, a dicha figura se la identifica como *third-borough*, equivalente de aguacil o ayudante de alguacil, pero por motivos simbólicos resulta conveniente adaptar literalmente la voz inglesa.

rampa de mugrientas teselas beige y turquesa situada entre el quicio y la resbalosa calle. Propulsada por el empuje de su mamá y con la mano rechoncha aún asida al manillar del cochecito, Alma hizo fuerza hacia atrás, intranquila, arrastrando los pies. Había oído por ahí, o tenía la poderosa impresión, de que uno solo comparece ante un público así cuando está muerto, y la muerte era una noción que aún no había asimilado del todo pero que sabía que no le iba a gustar. Uno de los hombres de pelo suelto, tan rubio que casi parecía níveo y con afables arrugas en el rabillo de los ojos, soltó su sierra para abrirles y sostenerles la puerta. Sintiendo las renuencias de la niña, la madre de Alma se volvió para alentarla.

—Ay, Almamía, qué cobardona tajecha. No tevacerná, pero nojtá cojtumbrao a ver gente. Amoja jaludá, o nojvatomá por grojeros.

Con la cabeza inclinada hacia adelante, los rizos castaños de la permanente ocultos bajo los cuadros oscuros de la bufanda, y las solapas de su abrigo de invierno arrebuajadas sobre su busto en una especie de mascarón, los gestos de Doreen tenían algo que a Alma le hizo pensar en las palomas y su descuidada tranquilidad, en sus cuellos moteados cual estuche de pinturas, en la gorjeante música de sus voces. Recordó haber tenido, en cierta ocasión, un sueño en el que estaba sentada junto a su madre en el salón de su casa de Andrew's Road, en el extremo oeste de los Boroughs. En el sueño, Doreen planchaba mientras su hija se arrodillaba en el sillón para chupetear distraídamente el raído relleno del respaldo y contemplar el ocaso a través de la ventana del patio trasero. Cernido sobre la medianera con la casa contigua estaba el establo abandonado, con sus boquetes negros, semejantes a las tachaduras de un documento, allí donde faltaban las tejas de pizarra en la techumbre. A través de ellos, las fugaces siluetas de las palomas se elevaban y descendían como pálidas volutas de humo, apenas visibles, contra la oscura masa del colegio que se alzaba a lo lejos en la colina. Tras apartar la vista de la tabla de planchar, su madre se dirigió a Alma para explicarle solemnemente la naturaleza de los pájaros que allí anidaban.

—Pertenejen ar lugarar que van loj muerto.

La chiquilla se había despertado antes de poder preguntar si eso significaba que las palomas eran espíritus humanos, formas que los muertos experimentan y adoptan, o si de algún modo existían simultáneamente en el Cielo al que van los muertos y entre las vigas de la destartada caballeriza del patio del vecino. No tenía ni idea del motivo por el que se acordaba ahora de ese sueño, justo cuando se disponía a seguir a Michael y a su madre a través de la puerta —aún pacientemente sostenida por el carpintero de cabellos plateados y túnica de cuerpo completo— para pasar de la oscuridad de la noche exterior a aquella tienda bañada de luz.

Con una entrada que daba al mercado y otra a la vuelta de la esquina, en Drum Lane, el interior del lugar parecía mayor de lo que había pensado, si bien Alma cayó en la cuenta de que, en parte, se debía a que no había revisteros, ni cajas registradoras, ni mostradores, ni clientes. La estancia estaba impregnada de un perfume a madera recién lijada a medio camino entre el olor del melocotón en almíbar y el del tabaco; bajo sus pies, notó con satisfacción que los tablones del nuevo entarimado eran tan resistentes como un arco largo, y también vio el serrín acumulado en los rincones sin barrer. Cuando mujer, niña y bebé hubieron pasado, el peón de blancos cabellos que les había sostenido la puerta se dirigió a su tablón a medio cortar, pero, antes de volver a su interrumpida tarea, saludó a Alma y a su hermano con un guiño repentino que los incluyó en algún tipo de conspiración tácita, aunque a buen seguro fabulosa.

No muy convencida de cómo responder gestualmente, Alma esbozó una sonrisa desganada que pareció caer en tierra de nadie, y luego se volvió hacia Michael. Entusiasmado en la sillita, el niño tiraba hacia delante de las correas mordisqueadas de su arnés, las mismas que Alma había llevado hacía apenas unos años, hechas de cuero rojo, y con la rascada y desvaída silueta dorada de un caballo desapareciendo gradualmente de su superficie. Con los brazos en alto, reía de alegría y abría y cerraba los dedos en un intento de capturar la luz albar, el aire, la excitante atmósfera navideña de aquel peculiar instante en la esquina de una plaza fantasmagórica a medianoche, como si quisiera apoderarse de

él por entero, metérselo en la boca y engullirlo. Su cabezón se inclinaba hacia atrás sobre el zangoloteante cuerpo infantil para componer un perfil parecido al del niño del jabón Fairy; miraba hacia arriba, parpadeaba y balbuceaba ante todo, y lo hacía con tal regocijo que su hermana, para sus adentros, caviló que lo veía demasiado superficial para tener dos años, demasiado preocupado por pasárselo bien como para tomarse la vida en serio. Tras él, más allá de la ventana de la tienda, solo estaba la negrura del mercado desmontado, en el que nada quedaba salvo la proyección de sus reflejos en la tiniebla, como si el local de periódicos, revistas y objetos de escritorio estuviera cayendo, solitario, en la nada del espacio. Sobre ella, en la charla adulta que transcurría cerca del techo de yeso de la papelería, Doreen y el encapuchado parloteaban mientras su madre le agradecía el detalle de haberles hecho pasar y se disponía a presentarle a sus hijos.

—Ejte del carritoj nuejtro Michael, y ejajAlma. Yavalajcuela, arriba, a Spring Lane, ¿verdá? Vena jaludá ar Tercer Boro.

Alma observó tímidamente al Tercer Borough y articuló un débil «hola». Visto de cerca, era un poco mayor que su madre, puede que rozara la treintena. A diferencia del resto de operarios, que eran tan blancos como el mármol de una capilla, su tez era mucho más atezada, curtida por trabajar duro a plena luz del sol. También es posible que fuera de algún lugar cálido y lejano, como Palestina, uno de los parajes sobre los que había oído cantar a los niños mayores en el salón de actos de la escuela, que era a donde iban a rezar, y que estaba tres tramos de escalones de piedra más arriba que el vestuario infantil de los de primero, que era el de Alma, con las perchas identificadas por locomotoras, cometas y gatos en vez de por los nombres de las niñas y los niños. «Quinquerremes de Nínive y la distante Ofir...» decía la canción, que nombraba sitios y palabras que sonaban fascinantes, tristes, y perdidos hacía tiempo.³

El Tercer Borough se agachó a la altura de Alma manteniendo su gentil sonrisa, y ella sintió el olor de su piel, un poco como a tostada y nuez moscada. Pudo ver el hoyuelo de héroe vaquero de su mentón, como si alguien le hubiera lanzado un dardo, pero

3. Se trata de una canción pastoral muy común en actos litúrgicos de catecumenado que adapta el poema *Cargamentos* (1902), de John Edward Masefield.

siguió sin atisbar los ojos que se ocultaban bajo la tira sombreada que caía desde el borde picudo de su capucha. Cuando se dirigió a ella, fue incapaz de recordar luego si sus labios se habían movido, ni el tono de su voz. Estaba segura de que era una voz de hombre, profunda y honesta, y de que no había sonado afectada, aunque tampoco había exhibido el acento lento y susurrante de los Boroughs. Fue más bien como una entonación radiofónica y, más que escucharla con los oídos, la sintió en el estómago, cálida y grata como un asado de domingo. *Hola, pequeña Alma. ¿Sabes quién soy?*

Alma se estremeció, y sus pensamientos se llenaron, de repente, de truenos, estrellas y gente sollozando desnuda. Demasiado tímida como para pronunciar su nombre en voz alta, pero deseosa de que él supiera que lo reconocía, empezó a cantar el primer verso de *Todas las cosas brillantes y hermosas*, que siempre la hacía pensar en margaritas, con la esperanza de que él captara este extraño, insignificante e inocente chiste, y de que no se cabrearía.⁴ Cuando su sonrisa se acentuó muy levemente, ella supo, aliviada, que lo había entendido. Aún inclinada, la entunicada figura volvió su cabeza cubierta para estudiar a Michael durante un momento, y después extendió la mano, bronceada por el sol, para pasar sus dedos por el mullido cabello dorado del niño. Su hermano aplaudió y se echó a reír con el trino complacido de un periquito, tras lo cual el Tercer Borough se enderezó del todo para continuar hablando con su madre.

Alma escuchó a medias el diálogo entre adultos que tenía lugar por encima de su cabeza mientras observaba distraídamente a los cuatro trabajadores de la tienda, aún ocupados con sus martillos, tornos y sierras. Pese a las túnicas blancas idénticas y los cabellos rubios de corte similar, los hombres no se parecían entre sí... Uno tenía un gran lunar en medio de la frente, mientras que otro exhibía porte de marinero, era más moreno, y tenía un aire extranjero... Con todo, parecía que fueran familia... Hermanos o, al menos, primos cercanos. Se preguntó de qué estarían hechos sus hábitos. El material era liso y resistente, como el algodón, pero se

4. *All Things Bright and Beautiful*, otro canto litúrgico anglicano. Su letra dice así: «Todas las cosas brillantes y hermosas, / todas las criaturas grandes y pequeñas, / todas las cosas sabias y maravillosas, / el Señor Dios las creó todas».

diría más suave y creaba sombras celestes en los pliegues, así que puede que costara más. Estos debían ser los delantales típicos de los maestros carpinteros, o «ángulos», razonó Alma, que recordó vagamente haber oído en cierta ocasión una palabra, o marca, que identificaba tal tejido. ¿«Seda resistente»? ¿«Seda poderosa»? Algo así, en cualquier caso.⁵

Doreen conversaba cortésmente con la encapuchada eminencia mientras exclamaba, a intervalos, unos incisivos alentadores que a Alma le sonaban de esas veces en las que había intentado explicarle a su madre sus dibujos más complejos; sonidos que implicaban que mamá no entendía realmente lo que le estaban contando, pero que no deseaba dar una impresión de desaire o desinterés. A esas alturas, calculó Alma, ya debía haberle preguntado distraídamente al Tercer Borough por la marcha de la obra, así que ahora se veía obligada a atender y replicar con la sorpresa, la apreciación o la preocupación debidamente apropiadas mientras él respondía. Pese a la profusión de la charla de sus mayores, Alma solo captó una mínima fracción de su cariz, y la mayor parte del tiempo no estuvo segura ni siquiera de eso. Un puñado de frases extrañas y expresiones sueltas quedaron alojadas en algún rincón de su mente, formando un tablón de precarias chinchetas que luego servirían para clavar conjeturas alocadas, hilar conexiones tentativas y atar cabos imposibles que enlazaran una idea con otra, bien hasta tener una leve noción de lo que había oído a hurtadillas, bien hasta asumir un malentendido enmarañado y ridículo con el que seguir obsesionada durante años.

A este respecto, escuchando de pie las variadas interjecciones guturales que su madre intercalaba en el monólogo del Tercer Borough, Alma se abrió paso entre los escollos del lenguaje adulto e intentó con mayor ahínco hacerse una composición de lugar del tema de conversación. Era como uno de sus dioramas hechos con lápices de cera, solo que en su cabeza; como una escena que reuniera todos aquellos retazos en una disposición de cierta sensibilidad. Entendió que su madre había preguntado qué construían

5. En el original, Alma especifica que la «marca» de la tela podría ser *Might* o *Mighty*, que se traduciría como «Poder» o «Poderoso». En realidad, se trata de un juego de palabras con la voz *samite* (brocado de seda), que en inglés es homófona a las antedichas y que con toda probabilidad fue la que Alma escuchó e interpretó a su manera. El simbolismo del pasaje, no obstante, requiere conservar ambos matices.

aquellos hombres, y por la respuesta se diría que preparaban algo llamado «Porthimoth di Norhan», que eran palabras que Alma estaba segura de no haber escuchado nunca antes, pero que aun así le sonaron bien dichas, como si las conociera de toda la vida. Era una especie de tribunal, ¿no? El Porthimoth di Norhan, en el que se exponían las disputas y se le concedía a la gente lo que en justicia se le debía. En este caso, sin embargo, Alma pensó que el Tercer Borough las empleaba con otro sentido, con una acepción más relacionada con la carpintería, como si «Porthimoth di Norhan» fuera el nombre de un tipo de junta complicada e inteligentísima. En algún momento, se dijo que era el lugar donde convergían las líneas ascendentes, y Alma pensó que aquello equivalía a decir «donde se unían», razón por la cual supuso que tal vez sería una unión de ocho brazos como la que uno podría encontrarse en la cúpula de madera de una iglesia; una que llevara todas las curvadas vigas barnizadas a un ingenioso nexo central. Por algún motivo, imaginó que, dispuesta en el corazón de palisandro pulido de la estructura, habría incrustada una cruz de piedra basta.

Como si pretendiera confirmar la interpretación de la niña, el Tercer Borough dijo entonces que era bueno que el centro estuviera repleto de robles, porque servirían para soportar el peso y la tensión. Mientras hacía el comentario, puso una de sus manos bronceadas sobre el hombro de Doreen, lo cual hizo que Alma pensara que la frase iba con segundas. ¿Se refería a todos esos robles que cubrían los prados de la ciudad, o estaba haciéndole a Doreen algún tipo de cumplido al compararla con un roble, con un pilar de madera que soportara la presión sin quejarse? Su madre, por su parte, pareció complacida por la observación y frunció los labios en tono de modesta disculpa, como ridiculizando el pensamiento de que fuera digna de tal elogio.

El encapuchado retiró la mano de la manga de Doreen y prosiguió con su explicación de la labor que supervisaba, que requería ser completada en un cierto tiempo, y que por ello exigía que sus hombres trabajaran día y noche para cumplir el contrato. A Alma le pareció que aquello era un poco contradictorio. Estaba segura de que el negocio del Tercer Borough era uno de los más longevos

de la ciudad, más antiguo que las firmas afincadas en Bearward Street, con portones astillados sobre los que aún se veían parcialmente los rótulos descascarillados de sus antiguos propietarios, y que conducían a misteriosos patios de perímetros arcanos. Algunos pubs, le dijo su padre una vez, llevaban ahí desde los jacobitas, y ella intuía que la construcción de este Porthimoth di Norhan bien podía llevar en marcha el mismo tiempo. Más aún, tenía la impresión de que el Tercer Borough podría tirarse otros cien años revisando cada detalle de la obra para asegurarse de que quedara bien. ¿Por qué todo sonaba, entonces, tan urgente?, se preguntó. Si para terminar el trabajo aún quedaban siglos, ¿a qué venía tanto hincapié en las acuciantes fechas de entrega? Lo que Alma dedujo fue que, dado que sus responsabilidades a largo plazo eran más serias, el hombre de la capucha debía planificar las cosas con mayor antelación que el resto de la gente.

Se quedó allí parada sobre los nuevos y apretados tablones del suelo de la tienda, que la hacían recordar la cubierta de un barco, uno como el de la canción que había oído entonar a los de primaria en el salón de actos, la del majestuoso galeón español que navegaba desde un istmo, o algo así. Con una mano aún asida al manillar del carrito de su hermano, observó a los cuatro laboriosos carpinteros, afanados en su dura y ruidosa tarea, y pensó que, aunque sus largos delantales blancos la hicieran pensar en panaderos, también tenían cierto aire de marineros. Ya apenas prestaba atención a la conversación del capataz con su madre, pues tras un tiempo había empezado a percatarse de que todas las sierras, martillos y brocas de los peones parecían estar hechas de oro de verdad, y que los mangos presentaban diamantes centelleantes allí donde debían estar las cabezas de los tornillos. Perpleja por no haberlo notado antes, Alma solo volvió a centrarse en la presencia del Tercer Borough y su madre cuando en el calmo murmullo de la plática afloró un nombre que le era conocido.

Estaban hablando de algo a lo que se referían como la «Pesquisa de Vernall», que, por lo que dedujo, era una especie de comisión para determinar los canalones, esquinas, muros y límites del mundo, ese que todos habitaban y al que todos pertenecían.

Por lo que Doreen y el gobernador encapuchado comentaban, se diría que dicha pesquisa constituía el único acto que el tribunal que construían allí, el Porthimoth di Norhan, iba a albergar —el único motivo por el que lo estaban erigiendo—, pero fue el nombre de la susodicha pesquisa, y no su importancia, lo que atrajo la atención de la niña. Vernall era un apellido de la rama paterna de Alma. May, que era la madre de papá y, por tanto, la rígida y feroz abuela de Alma y Michael, había sido una Vernall antes de casarse con Tom Warren, el abuelo de Alma, que llevaba ya muerto algunos años cuando ella nació. Ahora que lo pensaba, su otro abuelo, el padre de Doreen, también había muerto antes de que ella naciera... Se llamaba Joe Swan, un hombre jovial, gordo como un tonel y con un bigote estilo morsa, fallecido de tuberculosis de tanto trabajar en las barcazas, y al que conocía únicamente por la descolorida fotografía oval que pendía en el salón de su casa en Andrew's Road, en la penumbra que caía desde la moldura para colgar los cuadros. Dado que jamás llegó a conocer a sus abuelos, estos no tenían influencia alguna en su vida y tampoco la echaba en falta, pero no podía decir lo mismo de sus abuelas: ni de su abuelita Clara, la madre de Doreen, que vivía con ellos, ni por supuesto de May, su abuela, que estaba en su casa, al final del jardín de la iglesia de San Pedro y entre la maleza que marcaba el límite suroeste de los Boroughs.

May Warren, apellidada Vernall de soltera, era una mujerona robusta y pecosa que casi todos los sábados dejaba caer su forma de barrilete por las losas cubiertas del Mercado de Pescado, abriéndose camino y ganando impulso con sus pesados andares como una bola de nieve que acumulara malevolencia jocosa, con la papada moteada en la que se hundía su barbilla temblando a cada paso, y con las grosellas oscilantes que eran sus ojos hundidas en un rostro que, amoratado cual pudín, relucía ante la perspectiva de cualquiera de las detestables adquisiciones que procuraba en el lugar. Podían ser vísceras, o moluscos de concha hipertrofiada y babosa naranja, o anguilas troceadas en manteca. Alma creía que su abuela era capaz de comerse cualquier cosa, puede que incluso fuera de esa clase de gente que se come a sus semejantes llegado el caso, pero aquí conviene indicar que May

era la amortajadora de Green Street y sus alrededores.⁶ Las amortajadoras eran mujeres que ayudaban a las personas a venir al mundo y que las preparaban una vez habían muerto, así que seguro que habrían visto de todo. May había nacido, según la leyenda, en la propia Lambeth Walk, entre los escupitajos y despojos de sus desagües. Ahora vivía sola en la esquina de Green Street, en una casa mohosa con lámparas de gas y con las puertas repartidas a lo largo de una escalera inimaginablemente tortuosa; era allí donde se habían criado tanto el padre de Alma, que se llamaba Tommy, como la mitad de sus tíos y sus tías. La opinión de la familia era que, tras una vida de sinsabores, May se había vuelto una ogresa mezquina con la edad, pero la familia también decía que la locura abundaba entre los Vernall.

Snowy Vernall, padre de May y bisabuelo de Alma, fue una de esas personas a las que la familia llamaba «esquinadas», y había acabado sus días comiendo flores, algo que a Alma le sonaba suculento y colorista, pero no del todo alarmante. La gente decía que, de niño, Snowy había sido pelirrojo, pero que luego perdió el color hacia el final de la infancia, más o menos por la época en la que Ernest, padre de Snowy y tatarabuelo de Alma, se había vuelto cano y majareta mientras trabajaba en Londres como pintor y restaurador en la catedral de San Pablo, allá por el siglo XIX. Ernest legó su locura a Snowy y a la hermana de este, Thursa Vernall. Al parecer, pese a su trastorno, Thursa había gozado de gran éxito como acordeonista, al igual que Audrey Vernall, la guapísima prima del padre de Alma e hija de Johnny, otro de los hijos de Snowy. Tras finalizar la guerra, Audrey había tocado en el conjunto musical que dirigía su padre, pero ahora estaba encerrada en el manicomio que está a la vuelta de Berry Wood.

La vuelta, la esquina, el recodo, el chaffán... en la familia de Alma, unos cuantos la habían enfilado.⁷ Ella imaginaba que sería como un giro súbito del pensamiento; uno que, a diferencia de las esquinas que te topabas por la calle, no se podía prever. Era invisible, o casi transparente, como un invernadero o un fantas-

6. *Deathmonger* en el original. Según Moore, era una figura característica de las zonas más pobres de Northampton, y la voz no tiene uso fuera de ese ámbito geográfico. Se trataba de mujeres que, a cambio de un precio, se ocupaban de las labores de matrona y funeraria en un determinado barrio.

7. Juego de palabras intraducible. En inglés, *go round the bend* significa tanto «doblar la esquina» como «volverse loco».

ma. La trayectoria de estas esquinas discurría de un modo completamente distinto a la de las demás, pues en vez de ir hacia delante, hacia abajo o hacia el lado, partían hacia otro lugar en una dirección imposible de dibujar o incluso de imaginar, y cuando doblabas esa esquina oculta, te perdías para siempre. Ibas a parar a un laberinto imperceptible que antes ni siquiera sabías que estaba ahí, y aunque todo el mundo se compadeciera de ti al verte mal de la azotea, lo más probable era que nadie quisiera seguir manteniendo la misma amistad contigo.

Pese a las muchas personas que habían doblado esa esquina, Alma estaba convencida de que, hubiera lo que hubiese tras aquel ángulo oculto, debía ser un sitio yermo, aislado y siempre vivido en soledad. Puede que uno no tuviera la culpa, pero aun así sería algo vergonzoso, algo que no le gustaría a su abuela Clara, un bochorno para la familia. Ese era el motivo por el que nadie mentaba a los Vernall y, también, la razón por la que Alma se sobresaltó tanto al oír a su madre y al Tercer Borough hablar en un tono tan reverencial de esa Pesquisa de Vernall que él tenía planeada, de esa audiencia que serviría para determinar fronteras, y que era el objetivo de toda su labor. ¿Acaso aquella rama de la familia de Alma era secretamente especial de algún modo? ¿O tal vez el nombre de la pesquisa era una mera coincidencia? Y más aún: si las palabras no se referían a la familia de Alma, entonces... ¿qué era un «Vernall»?

Pensó que antaño pudo haber sido un término que describiera algún tipo de profesión anticuada que la gente soliera tener, y que con el paso de los años podría haber pasado a ser un apellido. Por ejemplo, Tommy Warren, padre de Alma y antiguo operario de una fábrica de cerveza, le había dicho en cierta ocasión que *cooper*, antes, era como se llamaba a las personas que hacían toneles, así que los ancestros de su mejor amiga, Janet Cooper, bien podrían haber sido toneleros. Ni que decir tiene, nada de esto le servía para determinar qué era un Vernall o qué trabajo te correspondía si eras uno. ¿Era factible que el nombre estuviera relacionado con una pesquisa sobre límites por ser justo esta labor, la de trazar fronteras y ángulos, la que le correspondiera a un Vernall? Alma se preguntó si, entre los ángulos de los que se ocupaban, estaría

el de la esquina que doblaron Ernest, Snowy, Thursa y la pobre Audrey Vernall, pero, como no sabía a dónde quería ir a parar con semejante cábala, la dejó en el aire.

Por alguna razón que no pudo determinar, el nombre Vernall también la hizo pensar en vegetación, en cómo olía el desaliñado y pequeño prado de Andrew's Road, cerca de Spencer Bridge, cuando las hojas verdes recién segadas brotaban de la negrura subyacente hacia el soleado mundo de la superficie, aunque el modo en que todo eso podría relacionarse con límites y ángulos se le escapaba. En sus evocaciones, vio la casa de su abuela en el destartado tramo final de Green Street, con briznas e incluso amapolas salidas de entre las juntas y enraizadas en ese hollín ferroviario que parecía empapelar los Boroughs, en esos pegotes negros que caían a jirones desde los ladrillos naranja oscuro como si fueran el velo de una barriada viuda. Al otro lado de la calle, tras un murete de piedra, el verdor avanzaba hacia la trasera de la iglesia de San Pedro, ubicada junto a la puerta posterior del patio del Black Lion. Aquella era la ladera cubierta de hierba en la que se imaginaba a Jesús caminando cuando la gente cantaba el himno de la tierra plácida, con su larga túnica y sus luces alrededor de la testa, descalzo, paseando cuesta abajo desde la puerta del pub hacia el fondo de Narrow Toe Lane y la confitería de Gotch, sita en la otra punta de Green Street desde la casa de su abuela. Mientras intentaba determinar si Jesús tendría alguna golosina favorita, se dio cuenta de que su mente discurría desbocada, así que volvió a posar su incansable concentración en lo que decían su madre y el hombre de la capucha blanca.⁸

El Tercer Borough se encontraba concluyendo su relato del estado de las cosas y asegurándole a Doreen que labrar la madera había sido el negocio de su familia desde tiempos inmemoriales. Le decía que, aunque el trabajo fuera largo y les hiciera sudar sangre antes de finiquitarlo, marchaba bien, y que sin duda estaría a tiempo. Alma no pudo explicarse por qué dicha aseveración la colmó de tal gocijo. Fue como si nadie tuviera que preocuparse

8. El «himno de la tierra plácida» hace referencia al popular himno inglés *Jerusalén*, basado en el poema corto de William Blake *Y caminaron esos pies antaño*. Por otra parte, la imagería de este pasaje se basa en la homofonía entre *Vernall* y la voz *vernal*, que tanto en inglés como en castellano significa «perteneciente o relativo a la primavera».

más por cómo habrían de salir las cosas, en tanto en cuanto al final todo estaría bien; una sensación parecida a la de cuando sus padres le aseguraban que el héroe no iba a morir porque se recuperaría antes de que la historia terminara.

A su alrededor, en el resplandor de la tienda, los carpinteros se afanaban a conciencia en sus incesantes garlopas cepillando los listones hacia arriba en contra de la veta, pero Alma los sorprendió mirándola de reojo para ver si había entendido lo que esta buena nueva significaba para todos y sonriéndole con callada satisfacción tras constatar orgullosos, aunque sonrojados por la vergüenza de su propia vanidad, que sí. El Porthimoth di Norhan sería construido, pues en cierto modo ya estaba allí. Observó que Michael se incorporaba, excitado, en su sillita. Como si fuera consciente de que sucedía algo especial, cruzó con su hermana una mirada expectante, y sus enormes ojos azules se llenaron de destellos danzarines en señal de un deleite privadamente silente subrayado por el entusiasmo con el que tiraba de las riendas del cochecito. Alma estaba segura de que, aunque su hermano no fuese lo bastante mayor como para dar nombre a las cosas, conocía de alguna manera quién era el capataz encapuchado. Era imposible toparte con él y no saberlo, por más que uno fuera un bebé. Michael era, por naturaleza, un crío risueño, pero en aquel instante parecía a punto de estallar a causa del asombro que lo henchía, como si entendiera exactamente lo que esta gran realización significaba para todos. De la nada, se le ocurrió que, algún día, cuando Michael y ella fuesen mayores, puede que se sentaran juntos contra una pared, en alguna parte, para echarse unas buenas risas a cuenta de todo el asunto.

Sin dejar de agradecerle al Tercer Borough su invitación, Doreen se preparó para partir, comprobó que Michael estuviera bien sujeto, y le indicó a Alma que se abrochara el cinto del impermeable. O las luces interiores de la tienda se habían vuelto más brillantes, pensó Alma, o la tiniebla de la vacía plaza exterior había virado a un color peor que el negro. No tenía gana alguna de marcharse a casa, de sentir el temor vago y sordo que a veces la invadía en Bath Street, o de pasar por las lóbregas quijadas de la entrada al callejón, o bocacalle, que discurría entre las hileras de

casas adosadas de Spring Lane y Scarletwell Street, pero estimó que expresarlo en voz alta sonaría ingrato. Por más que ahora implicara una caminata glacial, Alma no se habría perdido esta experiencia por nada en el mundo, aunque desearía poder saltarse los siguientes veinte ventosos minutos de su vida para estar ya arropada en la cama.

Mientras se las veía para atar raudamente el engorroso cinto del impermeable, decidió que, sin duda, las luces de la tienda estaban ganando fulgor. Ante ella, o tal vez sobre ella, había brillantes rectángulos de una mayor limpidez flotando en el aire, y Alma pensó, mientras se ajustaba la prenda junto al carrito, que debían ser los reflejos de los ventanales que tenía detrás. Pero erraba. En ocasiones, una estancia iluminada puede reflejarse en una ventana, pero es imposible que unos ventanales se reflejen en mitad de una estancia, suspendidos en el aire, y más blancos y cegadores a cada instante. Cerca de ella, Doreen la apremió a terminar con el cinto para dejar a los caballeros con sus cosas, pero a Alma se le había escapado la hebilla, que a su vez se había hundido en unas embarulladas costuras que ella ni siquiera sabía que estuvieran allí. Cuanto más trataba de sacar el cinto, más se sumergía este en los pliegues adicionales de la gabardina, surgidos de unos recovecos que solo entendería el mejor de los sastres, y que tenían a Alma enredada entre dobleces de un color a juego con los cordones de sus zapatos. Sobre ella, o quizás ante ella, los paneles de luz levitantes redoblaron su resplandor. Junto a ella, su madre le dijo que espabilara, pero el asunto del impermeable cada vez iba a peor. En plena lucha sin cuartel contra aquella interminable tela envolvente, se percató de que las centelleantes figuras oblongas que flotaban ante ella exhibían un par de cortinas cruzadas. Estampadas con rosas grises, lo cierto es que resultaban parecidísimas a las que Alma tenía en su dormitorio.

*

Este fue, en suma, el sueño que Alma Warren, que creció hasta llegar a ser una artista moderadamente famosa, tuvo a los cinco años durante una noche de febrero de 1959. En menos de un

año, su hermano Michael se ahogó hasta morir, pero, de algún modo, consiguió recuperarse y volver con los suyos a Andrew's Road tras un día o dos, algo que ni Alma ni él mentaron luego, pero que por entonces los asustó mucho.

Su padre, Tommy Warren, murió en 1990, y Doreen lo siguió poco después durante el sofocante verano de 1995. Tras poco menos de diez años, Mick Warren sufrió un accidente laboral mientras reacondicionaba unos bidones industriales. Inconsciente por aquel trompazo de película, y reanimado a la fuerza por los gélidos chorros de agua que sus compañeros usaban para aclararse el polvo cáustico de los ojos, Mick volvió a la vida esta segunda vez con varios pensamientos inquietantes metidos en la cabeza, pues unos extraños recuerdos habían emergido a la superficie durante su desvanecimiento. Algunas de las cosas que creyó recordar eran tan anómalas que resultaba imposible que hubieran sucedido, y empezó a preocuparse por la posibilidad de estar expresando el tan temido —y, por tanto, innombrable— rasgo que bullía en la sangre de su familia. Es decir, que temió estar volviéndose «esquinado».

Cuando al fin reunió el valor para comentarle estos miedos a su esposa Cath, esta no tardó en sugerirle que hablara con Alma. La familia de Cathy, como la de Mick, había sido desahuciada de los mugrientos prados de los Boroughs, esa milla cuadrada de podredumbre que se extendía más allá de la estación de tren, cuando el Ayuntamiento hizo despejar los últimos vestigios de la zona a principios de la década de 1970. Estable y sensata, y aun así orgullosa de sus excentricidades, Cath reunía todas las cualidades que Mick recordaba en las mujeres de los Boroughs: determinación y una fe inquebrantable en la intuición, en la propia capacidad para saber cuál era la mejor decisión en cualquier circunstancia dada, por más singular que esta fuese.

Cathy y Alma eran uña y carne a pesar de, o tal vez debido a, sus grandes diferencias, pues Cathy consideraba abiertamente que Alma era una bruja loca que vivía en un estercolero, y Alma a su vez se mostraba muy mordaz con la afición que tenía su cuñada por Mick Hucknall, de Simply Red. En todo caso, las mujeres no se profesaban más que respeto en sus respectivos ámbitos, de

modo que, cuando Cath le recomendó a su marido que charlara con Alma si creía estar perdiendo un tornillo, Mick supo que era porque su esposa consideraba a su hermana mayor una autoridad, no solo por no haberse perdido ni un solo punto de la trama, sino por haber arrojado a conciencia todo el guion a la puñetera letrina antes de tirar de la cadena. Además, él también sabía que era lo mejor. Se citó con Alma para tomarse una copa al sábado siguiente y, sin saber muy bien por qué, eligió quedar en el Golden Lion de Castle Street, uno de los pocos pubs que quedaban de las decenas que en su día florecieron en los Boroughs y, casualmente, el lugar donde trabajaba Cath cuando él la conoció, allá por la época previa a vivir el sueño dorado de casarse con la camarera.

A su llegada a la reunión con Alma, descubrió que, a esas horas, pese a ser sábado, el establecimiento estaba vacío. Como era lógico entre los residentes de las casas bajas que quedaban en aquel ruinoso vecindario, quienes no hubieran sido recludos en sus dormitorios por una orden de restricción⁹ preferían, por lo general, encaminarse al zoo del centro de la ciudad —imán de tarados, guarros y navajeros— antes que soportar la quietud mortecina de los locales cercanos a sus hogares. Sentada en una mesa de esquina, su hermana vestía el habitual conjunto negro: vaqueros, botas y cazadora de cuero. Su nuevo iPod, le había explicado Alma hacía poco, también era negro. Se hallaba dando buena cuenta de una botella de agua mineral con gas mientras trataba de equilibrar sobre el canto un posavasos redondo de cerveza Strongbow, todo bajo la atenta mirada, propia de una verdadera depresión clínica a juicio de Mick, del tipo que había tras la barra. La única clienta que había entrado en toda la noche había resultado ser una graja fea y abstemia.

Rostro aparte, Mick habría calificado a Alma de llamativa, más que de fea, incluso a aquellas alturas de la partida. Porque, ¿cuántos tenía ya? ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y uno? Llamativa, definitivamente, por no decir realmente desasosegante. De metro ochenta, medía dos centímetros menos que su hermano, pero con tacones superaba el metro ochenta y cinco, y su larga me-

9. En inglés, *ASBO* (de *anti-social behaviour order*, u «ordenanza contra el comportamiento antisocial»). Mediante esta sanción civil, se prohíbe al infractor regresar a lugares en los que este hubiera cometido faltas menores como, por ejemplo, vandalismo o conducta ebria.

lena castaña, con apagados reflejos cobrizos aquí y allá, le caía cual telones cortafuegos sobre los altos pómulos de su alargado rostro en un estilo que Mick le había oído describir en cierta ocasión como de «esqueleto con helechos». Luego, claro, estaban sus ojos, enormes y espeluznantes cuando no estaban guiñados por la miopía, con un fulgor amarillo cítrico extraterrestre llameando alrededor de la pupila, como un eclipse total, contra unos iris de color pizarra cálida, y con las gruesas pestañas chasqueando a cada parpadeo por el peso del rímel.

A lo largo de los años no le habían faltado admiradores, pero lo cierto era que la gran mayoría de los hombres encontraban a Alma «alarmante en su totalidad», en palabras de un conocido, o «una puta pesadilla menopáusica», por citar la contundente frase de otro, aunque incluso esto último fue dicho con lo que pareció ser casi un tono elogioso. En ocasiones, Mick pensaba que su hermana no era más que el lado oscuro de la belleza, pero resultaba más divertido insistir en que se parecía al Lou Reed de la carátula de *Transformer* o a un «Frankenstein *glam* solarizado», que era como a Alma le gustaba reformularlo antes de añadir que lo utilizaría en la biografía del catálogo la próxima vez que hiciera una exposición de sus pinturas. Deleitándose en tales chanzas con igual verbo con el que repartía pullas, Alma se las bastaba para defenderse sola, y solía exponer con sinceridad inexpresiva que su apuesto y angelical hermano menor había tenido esa sonrisa boba y ese aspecto afeminado desde que lo habían parido, que en realidad había nacido niña, y que incluso había llegado a ser elegido para Miss Pears,¹⁰ pero que luego lo habían sometido a una operación de cambio de sexo porque, tras ella, papá y mamá querían un niño. La primera vez que le largó esta retahíla, cuando ella tenía nueve años y su hermano seis, este acabó estallando en lágrimas de mortificación y desconcierto. En otra ocasión, después de que Mick le soltara, no sin precisión, que a ojos de la gente ella era como un homosexual atrapado en un esbozo aproximado de cuerpo de mujer, ella le respondió que efectivamente, pero que él también, y después empezó a carcajearse hasta toser

10. Certamen anual en el que la popular marca de jabones Pears escogía a una niña que promocionara sus productos. Pears también solía usar para sus anuncios el óleo *Burbujas* (1886), de John Everett Millais.

y, al fin, vomitar, por haberse jactado de su propia frase lapidaria más de lo usual.

Tras detenerse en la barra para envolver el puño alrededor del agradable glaciador de su primera pinta, cruzó una raída moqueta de estampado floral a modo de diagrama suicida y enfiló hacia la mesa de su hermana, previsiblemente ubicada en el rincón opuesto a la puerta del local, el más apartado de la desierta sala, el que un misántropo elegiría como retiro. Alma alzó la vista mientras él arrastraba una silla para sentarse frente a ella, al otro lado del disperso archipiélago de posavasos de cerveza de aquella chapa húmeda. Alma desplegó su habitual sonrisa de bienvenida y él entendió que quería dar la impresión de que su rostro se iluminaba al verlo, pero, dado que la tendencia de Alma a exagerarlo todo redundaba en una galería de expresiones más propia de un *Grand Guignol*, lo único que consiguió fue parecerse a una asesina ritualista religiosa o a una pirómana, efecto acentuado por el fulgor incendiario del centro de sus ojos.

—¡Pero si es Warry Warren! En el nombre de Dios, Warry, ¿cómo te va?

La voz de Alma había sido curtida por el humo hasta igualar los acordes más graves de un órgano que reverberara en una iglesia gótica, y a veces incluso sonaba un poco más profunda que la del propio Mick. Pese a las preocupaciones por su estado mental, este sonrió con genuina felicidad por ver a su hermana, por recuperar su arcana sintonía común, y también por estar con una persona que, reconfortantemente, estaba mucho más pirada que él. Mick sacó el mechero y los cigarrillos, los colocó junto a su vaso perlado de gotas para preparar la velada, y entonó su respuesta mientras tanto.

—Pues, si te digo la verdad, un poco harto, Warry.

Por alguna razón que ninguno de ellos podía recordar de manera clara y fiable, se llamaban «Warry» mutuamente desde 1966. Puede que fuera Alma, que por entonces tenía trece años, quien empezara con la broma al usar «Warry» como un mote ridículo con el que dirigirse a su hermano, y quizás él se lo devolviera por ser, como ella siempre había sospechado en privado, demasiado frívolo en su actitud hacia la existencia como para inventarse un

apodo propio, aunque fuera uno tan simplón como «Warry». Adoptada la costumbre de referirse el uno al otro de esta manera, se desató una estulta pugna de voluntades en la que ninguno sabía a ciencia cierta por qué estaba involucrado, pero en virtud de la cual ninguno era capaz de llamar al otro por su nombre sin sentir que concedía una impensable derrota. Este partido de tenis nominativo había proseguido, patéticamente, por el resto de sus vidas, mucho después de que hubieran empezado a considerar afectuoso tal sobrenombre y de que hubieran olvidado por completo su improvisado origen. Cuando les preguntaban por qué se llamaban «Warry» entre sí, Mick solía responder que, procedentes como eran de un entorno tan deprimido como los Boroughs, mamá y papá no habían podido permitirse un nombre para cada uno, así que habían tenido que compartir ese. «A diferencia de los niños pijos», añadía ocasionalmente con un verídico tono de amargura. Si Alma rondaba por el lugar, miraba a los presentes con una acusadora mirada de cordera degollada y los conminaba con solemnidad a no reírse, aduciendo que, aquel año, dicho nombre había sido su único regalo por Navidad.¹¹

A continuación, su hermana plantó el cuero gastado de sus codos en la capa de líquido que cubría la mesa, encajó la barbilla entre sus largos dedos y, con gesto inquisitivo, se inclinó hacia delante a través de aquella atmósfera en la que reinaba un aroma a té aguado, ladeando la cabeza de tal forma que los mechones más largos acariciaron el húmedo menisco de la chapa y las puntas se afilaron hasta convertirse en pinceles de pelo de marta cibelina.

—¿La verdad? ¿Y para qué quiero yo la verdad? Solo estaba entablando conversación, Warry. No te he pedido que me cuentes la *Iliada*.

Tras elogiar ambos esa insensibilidad tan suya, Mick le relató el accidente laboral, su desvanecimiento, las quemaduras de su rostro, la ceguera que le había sobrevenido durante una o dos horas, y su miedo a estar volviéndose loco. Alma lo observó con compasión, sacudió su cabeza desproporcionadamente grande y suspiró.

11. *Warry*, una voz arcaica del inglés medio, se traduciría como «maldecir» o «decir palabrotas». Es, pues, un verbo, pero como adjetivo sustantivado se podría trasladar al español como «malhablado». En todo caso, los personajes parecen usarlo como diminutivo de «Warren», que no es sino su propio apellido.

—Oh, Warry. Tú siempre mirándote el ombligo, ¿eh? Yo me he tirado años siendo un callo medio ciego y asocial, y nunca me habrás oído quejarme. En cambio, tú te llenas la cara con productos corrosivos de limpiar acorazados, y te rompes en pedazos.

Mick arrojó el cigarrillo al orificio del cenicero azul marino y se encendió otro.

—No tiene gracia, Warry. Desde que me recobré en aquel solar, con todo el mundo intentando darme manguerazos, he estado teniendo ideas muy raras. No tiene que ver con la porquería que se me metió en los ojos o con el golpe en la cabeza, sino con ese despertar. Por un momento, fue como si no recordara tener cuarenta y nueve años o trabajar en la nave industrial. No me acordaba de Cathy, ni de los chicos, ni de nada.

Hizo una pausa y dio un sorbo a su *lager*. Sentada al otro lado de la mesa empapada, Alma lo miraba fijamente, prestando genuina atención ahora que sabía que hablaba en serio. Mick continuó.

—El caso es que, cuando volví en mí, se me había metido en la cabeza que tenía tres años y que me estaba despertando en el hospital; que había vuelto a cuando se me irritó la garganta y me tomé aquel caramelo para la tos.

Las desafiantes cejas sin depilar de Alma se fruncieron en un ademán interrogativo.

—¿A cuando te ahogaste? ¿A cuando Doug, el vecino de al lado, te sentó en su camión de verduras para subir por Grafton Street y cruzar los Mounts hasta el hospital? Todos creímos que fue entonces cuando sufriste el daño cerebral. O, al menos, eso creí yo.

—No sufrí ningún daño cerebral.

—Oh, venga ya. Tuviste que sufrirlo por fuerza. Bastan tres minutos sin oxígeno, y todos dijeron que no diste ni una sola bocanada desde Andrew's Road hasta Cheyne Walk. En una antiguala herrumbrosa como la de Doug, eso serían diez minutos. Diez minutos sin respirar es muerte cerebral pura y dura, compañero.

Mick se carcajeó en pleno trago y acabó con la nariz salpicada de espuma.